**CONGREGACIÓN PARA EL CLERO**

**Mensaje para la Jornada de Santificación del Clero 2018**

**(Traducción no oficial[[1]](#footnote-1))**

Queridos Sacerdotes,

La Jornada de Santificación del Clero, celebrada en la Solemnidad del Sagrado Corazón de Jesús, nos ofrece la ocasión de detenernos en la presencia del Señor, para renovar el recuerdo de nuestro encuentro con Él y, así, revitalizar nuestra misión al servicio del pueblo de Dios. No debemos olvidar, en efecto, que la fascinación de la vocación que nos ha atraído, el entusiasmo con el cual hemos elegido caminar en la vía de especial consagración al Señor y los prodigios que vemos en nuestra vida presbiteral, tienen su origen en el cruce de miradas que se han dado entre Dios y cada uno de nosotros.

Todos nosotros, en efecto, *hemos tenido en nuestra vida algún encuentro con Él* y, cada uno de nosotros puede tener la propia mirada espiritual y regresar a la alegría de aquel momento *en el cual he sentido que Jesús me miraba (…)”* (PAPA FRANCISCO, *Homilía en la casa Santa Marta*, 24 de abril de 2015).

También los primeros discípulos vivieron la alegría de la amistad con Jesús, que cambió para siempre su vida. Sin embargo, después del anuncio de la pasión, sobre su corazón se extendió un velo de oscuridad que les entenebreció el camino. El ardor del seguimiento, el sueño del reino de Dios inaugurado por el Maestro y los primeros frutos de la misión, se encuentran ahora con una realidad dura e incomprensible, que hace vacilar la esperanza, alimenta las dudas y amenaza con apagar la alegría del anuncio de Evangelio.

Es lo que puede suceder siempre, también en la vida del sacerdote. La grata memoria del encuentro inicial, el gozo del seguimiento y el celo en el ministerio apostólico, a lo mejor llevado adelante por años y en situaciones no siempre fáciles, pueden ceder el paso al cansancio o al desaliento, haciendo avanzar el desierto interior de la aridez y envolviendo nuestra vida sacerdotal en la sombra de la tristeza.

Sin embargo, justamente en estos momentos, el Señor, que no olvida nunca la vida de sus hijos, nos invita a subir con él a la montaña, como lo hizo con Pedro, Santiago y Juan, transfigurándose delante de ellos. Conduciéndolos ***a un monte alto*** y llevándolos ***aparte***, Jesús les hace recorrer el maravilloso camino de la transformación: del desierto al Tabor y de la oscuridad a la luz.

Queridos sacerdotes, tenemos necesidad todos los días de ser transfigurados por un encuentro siempre nuevo con el Señor que nos ha llamado. Dejarnos ***conducir a lo alto*** y permanecer ***aparte*** con él, no es un deber de oficina, una práctica exterior o una inútil disminución del tiempo que debemos dedicar a las responsabilidades del ministerio, sino la fuente copiosa que corre dentro de nosotros para impedir que nuestro *heme aquí* se reseque y se marchite.

Contemplando la escena evangélica de la Transfiguración del Señor podemos tomar tres expresiones breves que nos ayudarán a confirmar nuestra adhesión al Señor y a renovar nuestra vida sacerdotal: **subir a lo alto, dejarse transformar, ser luz para el mundo.**

1. **Subir a lo alto,** porque si permanecemos siempre centrados en las cosas que hay que hacer, podemos resultar prisioneros del presente, absorbidos por los compromisos cotidianos, permanecer excesivamente concentrados sobre nosotros mismos y, así, acumular cansancios y frustraciones que podrían ser letales. De la misma manera, *subir a lo alto* es el antídoto contra aquellas tentaciones de la *mundanidad espiritual* que, aunque se nos presentan bajo una apariencia religiosa, nos alejan de Dios y de los hermanos y nos hacen poner la seguridad en las cosas del mundo. Tenemos necesidad, por el contrario, de sumergirnos todos los días en el amor de Dios, de manera especial a través de la oración. Subir a la montaña nos recuerda que nuestra vida es un constante ascenso hacia la luz que proviene de lo alto, un viaje hacia el Tabor de la presencia de Dios que abre horizontes nuevos y sorprendentes. Esta realidad no nos quiere hacer huir de los compromisos pastorales y de los retos cotidianos que nos reclaman, sino que pretende recordarnos que Jesús es el centro del ministerio sacerdotal y que todo lo podemos sólo en Aquel que nos fortalece (Fil 4,13). Por tanto, *la ascensión de los discípulos al monte Tabor nos induce a reflexionar sobre la importancia del separarse de las cosas mundanas, para realizar un camino hacia lo alto y contemplar a Jesús. Se trata de ponernos a la escucha atenta y orante del Cristo, el Hijo amado del Padre, buscando momentos de oración que permiten la acogida dócil y alegre de la Palabra de Dios* (PAPA FRANCISCO, *Ángelus*, 6 de agosto de 2017).
2. **Dejarse transformar,** porque la vida sacerdotal no es un programa donde todo está ya organizado previamente o una oficina burocrática donde todo se desarrolla según un esquema preestablecido. Al contrario, ella es la experiencia viva de una relación cotidiana con el Señor, que nos convierte en signo de su amor en medio del pueblo de Dios. Por esto, *no podremos vivir el ministerio con alegría sin vivir momentos de oración personal, cara a cara con el Señor, hablando, conversando con él* (PAPA FRANCISCO, Encuentro con los párrocos de Roma, 15 de Febrero 2018). En esta experiencia, somos iluminados por el rostro del Señor y transformados por su presencia. También la vida sacerdotal es un *dejarse transformar* por la gracia de Dios, de modo que nuestro corazón llegue a ser misericordioso, inclusivo y lleno de compasión como el de Cristo. Se trata simplemente de ser –como lo ha recordado recientemente el Santo Padre– *sacerdotes normales, simples, humildes, equilibrados, pero capaces de dejarse constantemente regenerar por el Espíritu* (PAPA FRANCISCO, Homilía en la concelebración eucarística con los Misioneros de la Misericordia, 10 de abril de 2018). Esta regeneración sucede en nosotros, ante todo, por medio de la oración, que cambia el corazón y transforma la vida: cada uno de nosotros se convierte en ***Aquel*** que ora. Será bueno recordar en esta Jornada de Santificación que *la santidad está hecha de una apertura habitual a la trascendencia, que se expresa en la oración y en la adoración. El santo es una persona con espíritu orante, que tiene necesidad de comunicarse con Dios* (PAPA FRANCISCO, *Gaudete et exsultate*, n. 147). Subiendo a la montaña nos iluminará la luz de Cristo y podremos descender al valle y llevar a todos la alegría del evangelio.
3. **Ser luz del mundo**, porque la experiencia del encuentro con el Señor nos envía a caminar sobre la vía del servicio a los hermanos, su Palabra no puede ser recluida en el ámbito privado de la devoción personal y en el perímetro del templo y, sobre todo, la vida sacerdotal es una llamada misionera, que exige la valentía y el entusiasmo de salir de nosotros mismos para anunciar al mundo entero lo que hemos oído, visto y tocado en nuestra experiencia personal (cfr. 1 Jn 1,1-3). Hacer conocer a los otros la ternura y el amor de Jesús, para que cada uno pueda ser alcanzado por su presencia que libera del mal y transforma la existencia, es la primera tarea de la iglesia y, por lo mismo, el primer gran compromiso apostólico de los presbíteros. Si existe un deseo que debemos cultivar es el de *ser sacerdotes capaces de alzar en el desierto del mundo el signo de la salvación, es decir, la cruz de Cristo, como fuente de conversión y de renovación para toda la comunidad y para el mundo mismo* (PAPA FRANCISCO, *Homilía en la concelebración eucarística con los misioneros de la misericordia*, 10 de abril de 2018). La fascinación del encuentro con el Señor debe encarnarse en un compromiso de vida al servicio del pueblo de Dios que camina a menudo en el valle oscuro de las fatigas, de los sufrimientos y del pecado, y tiene necesidad de pastores luminosos y resplandecientes como Moisés. En efecto, *al finalizar la experiencia maravillosa de la Transfiguración, los discípulos bajaron del monte (cfr. v. 9)… Es el recorrido que podemos hacer también nosotros. El redescubrimiento cada vez más vivo de Jesús, no es fin en sí mismo, sino que nos anima a bajar del monte… Transformados por la presencia de Cristo y del ador de su Palabra, seremos signo concreto del amor vivificante de Dios por todos nuestros hermanos, especialmente para quien sufre, para los que se encuentran en la soledad y en el abandono, para los enfermos y para la multitud de hombres y mujeres que, en las distintas partes del mundo, son humillados por la injusticia, la prepotencia y la violencia* (PAPA FRANCISCO, Ángelus, 6 de agosto de 2017).

Queridísimos Sacerdotes, la belleza de este día consagrado al Corazón de Jesús haga crecer en nosotros el deseo de la santidad. La Iglesia y el mundo tienen necesidad de sacerdotes santos. El Papa Francisco, en la nueva Exhortación Apostólica sobre la santidad, *Gaudete et Exsultate*, ha traído a la memoria a los sacerdotes apasionados por comunicar y anunciar el evangelio, afirmando que *la Iglesia no tiene necesidad de tantos burócratas y funcionarios, sino misioneros apasionados, devorados por el entusiasmo de comunicar la verdadera vida. Los santos sorprenden, desinstalan, porque sus vidas nos invitan a salir de la mediocridad tranquila y anestesiante* (PAPA FRANCISCO, *Gaudete et Exsultate*, n. 138). Será necesario para nosotros realizar, ante todo interiormente, este camino de transfiguración: subir al monte, dejarse transformar por el Señor, para después ser luz para el mundo y para las personas que se nos han confiado. Que Maria Santísima, mujer luminosa y Madre de los sacerdotes, siempre los acompañe y los cuide.

1. La traducción fue hecha por el Secretariado Permanente del Episcopado Colombiano – Centro Pastoral de Comunión Eclesial. Para las citaciones del Papa Francisco se han usado las traducciones oficiales publicadas en www.vatican.va [↑](#footnote-ref-1)